



Reportaje fotográfico
Francisco GOMEZ

EL PALACIO DE VILLAHERMOSA EN EL SALON DEL PRADO

Emilio LARRODERA

El viejo Madrid de principios de siglo tenía un destacado elemento urbano con rango de paseo de Corte, el Salón del Prado. A él se podía llegar desde el centro de la Villa por la calle de Alcalá o bien por la Carrera.

Quien lo recorriera, caminando entre sus árboles podía contemplar las dos fuentes que señalaban con hitos los límites del Salón: Cibeles y Neptuno.

A la mitad del paseo, entre altos plátanos la fuente de Apolo y de las cuatro estaciones, apuntaba en dirección a los Jardines del Buen Retiro, otro itinerario donde el obelisco de Isidro González Velázquez iba a convocar todos los años el recuerdo de una gesta ya lejana.

La andadura por el Salón era cómoda, la distancia entre las fuentes la justa, el suelo llano y el ambiente grato por el frescor. A su alrededor y entre árboles por el lado del Poniente se adivinaban edificios de buena traza, ya que tanto la calle de Alcalá como la Carrera se enmarcaban ante el Salón con palacios de noble porte, Buenavista y Alcañices, Villahermosa y Medinaceli. Al otro lado hacia el Saliente se iniciaba una transformación de lo que hasta no hace mucho habían sido huertos y ya don Juan de Villanueva detrás de Neptuno había dado el gran ejemplo de la arquitectura del XIX, el Museo del Prado.

El Salón que había tenido e iba a tener tantos y tan buenos arquitectos, don Ventura y don Juan y, tras ellos, López Aguado, Arnal, Repullés, Adaro, quedó incompleto en su arquitectura neoclásica; posteriormente, el Palacio de Comunicaciones, y el Ministerio de Marina se fueron incorporando al conjunto.

En tanto, desaparecían dos palacios, el de Medinaceli y el de Alcañices y en su lugar se alzaron el Hotel Palace y el Banco de España, obra esta última del citado Adaro que, posteriormente amplía Yarnoz. Los otros dos palacios de Villahermosa y Buenavista se mantenían aunque el último, debido a Pedro Arnal, tuviera que sufrir años después

modificaciones y ampliaciones de importancia. Antonio López Aguado discípulo de Villanueva con estilo parejo al de su maestro había realizado hacia 1805 la fábrica del Palacio de Villahermosa.

El paso de los años va transformando el destino del Salón del Prado, ya no es paseo exterior y va quedando en el centro de una ciudad que se extiende más y más al Este. La penosa colisión con el tráfico permite casi milagrosamente su supervivencia, gracias en buena parte a unas reformas que hace unos años realizó con pleno acierto el Ayuntamiento de Madrid, y que completó posteriormente con la restauración de las fuentes. Es lástima que algún detalle escape como es la pintura de los bordillos de las isletas canalizadoras del tráfico.

A este marco urbano tan variado sobre su antigua traza y composición sigue hoy incorporado el palacio de Villahermosa, que ya no aloja a Squilaches y Cimeras, sino a oficinas. Entre su lindero y la calle de Marqués de Cubas, unos edificios asoman por encima del jardín y de su tejado.

El palacio sigue en pie, casi ignorado por muchos madrileños, que desconocen su fachada principal casi oculta entre los árboles del jardín, porque no pudo enfrentar sus armas con las del frontero palacio de Medinaceli.

La futura adaptación del edificio a un nuevo destino puede permitir su puesta en valor. Forzosamente se plantearán serias dificultades ante lo condicionado de su entorno, medianerías y traseras de los edificios adosados y contiguos.

La incorporación visual del jardín y de la fachada principal contribuirá indudablemente a incorporar una valiosa pieza de la arquitectura del XIX. El edificio con ello podrá ser conocido por los paseantes del Prado y se habrá realizado una buena obra de conservación de la arquitectura española del XIX, tan ignorada y maltratada.



Este edificio, del llamado estilo Neoclásico, de muy hermosa traza es más de tomar en consideración en ciudad que, como Madrid, tan escasa anda en noble arquitecturas por aquella apresurada decisión filipina. Pero es que más a más esta buena arquitectura está emplazada en el más bello recinto madrileño, en el Salón del Prado, magistral pieza urbana que la fina atención del gran rey Don Carlos III supo adornar de los mayores atractivos.

La sociedad bancaria que lo ha adquirido es seguro que lo conservará para decoro de la villa y su arquitecto tiene con ello feliz ocasión de ordenar el conjunto a ver si consigue tapar, por ejemplo, esas desdichadas medianerías.



La más lograda fuente de Madrid, la de Apolo, diseñada por Don Ventura Rodríguez centra entre las de Cibeles y Neptuno, el recinto del Salón.

Es lástima que los arquitectos madrileños seamos tan poco cuidadosos, por lo general, con los desafueros que hacemos a la ciudad. Esta tremenda y descarada medianería del Ministerio de Marina a la vista está que hace muchísimo daño el Salón, aunque no hayan aparecido mayores censuras al respecto. Ni cuando se hizo ni ahora.





El elegante Obelisco (ha habido y hay buenos arquitectos en Madrid) es otro de los hermosos elementos que dan tanto prestigio y categoría a este singular espacio madrileño.



El solecito del invierno madrileño con el que, por el momento, no puede la polución. Así de a gusto pasean las gentes de esta ciudad con las nobles arquitecturas que en lugares privilegiados, como aquí en el Prado, limitan sus espacios. Una gran suerte y, al tiempo, una gran responsabilidad la que cabe al arquitecto y al propietario del Palacio de Villahermosa con tan estupendas vecindades.